

evidente, que ya no se esplicaba por la estacion, la salida de madre de los rios, ó lo imperfecto de la administracion rusa. El verdadero motivo de su inaccion es que sentian tal repugnancia en destruir á los austriacos con ventaja de los polacos, que hasta desobedecian las órdenes de su gobierno. El príncipe Gallitzin, reprendido severamente por Alejandro, mostro algo menos frialdad al príncipe Poniatowski; pero nada hizo para domeñar la resistencia de sus oficiales generales, y uno de ellos, el príncipe de Gortschakoff, llegó hasta escribir que iba con la esperanza de reunirse con los austriacos y no con los polacos. Estos interceptaron la carta, y la enviaron con otras muchas á San Petersburgo. En cualquier parte donde se encontraban los puestos avanzados rusos y austriacos, se alargaban la mano prometiéndose servir juntos bien pronto. En una palabra, las divisiones rusas, que al fin habian llegado al territorio de la Galicia, no parecia sino que iban para comprimir la insurreccion galliciana, pues sorpresto de tomar posesion del pais, suprimian en todas partes las autoridades polacas recién puestas, y restablecian las antiguas autoridades austriacas.

Mientras que los rusos faltaban así á su palabra, probablemente contra la voluntad de su soberano, los polacos por su parte faltaban contra la voluntad igualmente de Napoleon, á la que se habia dado á los rusos, y anunciaban en todas sus proclamas el próximo restablecimiento de la Polonia, y eso que Napoleon les habia encargado expresamente que no hablaran sino del gran ducado de Varsovia, y no le enagenaran la voluntad de la Rusia con su lenguaje imprudente. Sin cesar les

habia estado diciendo que ya llegaria el dia en que sin faltar á sus compromisos, ni atraerse mas enemigos que los á quienes se podia combatir á un mismo tiempo, acabaria de reconstituirlos engrandeciéndolo poco á poco el ducado de Varsovia; que no podia hacerlo todo de una vez, que necesitaba para terminar su obra tiempo y ocasion, y que manifestar en aquellos momentos esperanzas, y expresar votos prematuros, era ponerle á él inútilmente en peligro, y ponerse ellos tambien. De estos consejos de Napoleon hicieron los polacos tanto caso como los rusos de los mandatos de Alejandro, aunque es preciso conocer que si á ello se hubiera dedicado con sinceridad, Alejandro hubiese podido más para con los rusos que Napoleon para con los polacos; pero era ruso tambien, y trabajar por el restablecimiento de la Polonia, ayudando á los polacos contra los austriacos, le costaba casi tanto como á sus soldados. El mismo, sin sospecharlo, era el primero que se rebelaba contra su propia política.

Tal era la irresolucion que reinaba en toda la Europa, mientras que el archiduque Carlos y Napoleon luchaban uno contra otro al pie de los muros de Viena. Aunque en ello habia síntomas graves que deberian servir de advertencia para una política acertada, nada habia que fuese alarmante, ni que pudiera apartar de su objeto esencial á un tan gran capitán como lo era Napoleon. Progresos ó descabros en Polonia, correrías de partidarios en Sajonia y Pomerania, y otra retirada de los bávaros en el Tirol, eran muy poca cosa. Pasar el Danubio y batir al archiduque Carlos, era la operacion decisiva que debia acabar con todas las disposiciones hostiles, aunque estuvieran

acompañadas de principios de insurrección mas ó menos alarmantes; así pues, Napoleón se inquietaba muy poco con todo eso, y solo daba importancia á lo que pasaba en torno suyo entre Lintz, Leoben, Raab, Presburgo y la isla de Lobau, limitándose á tomar un corto número de precauciones muy acertadas, muy bien concebidas, y sobre todo muy suficientes para en el caso de que saliera bien el intento de dar en Viena el golpe principal y definitivo. Envió á Milan al general Caffarelli, ministro de la Guerra del reino de Italia, queriendo reemplazar al príncipe Eugenio con una autoridad elevada, y le mandó reuniese todos los destacamentos que habia allí disponibles para bloquear el Tirol italiano, ocupando las salidas de las montañas. Ordenó al príncipe Eugenio que dejara á la division Rusca en Klagenfurth para realizar el mismo bloqueo por la parte de la Carintia. El general hávaro Deroy debia hacer otro tanto por la parte de Baviera, ocupando á Rosenheim y Kufstein, á fin de encerrar aquella especie de incendio en límites que no pudiera traspasar, sin perjuicio de ensañarse mas tarde con los tiroleses, cuando se hubiera acabado con el ejército austriaco. En cuanto á la Suabia y al Voralberg tenia Napoleón con que contenerlos en el peloton de tropas formado en Augsburgo, peloton que se componia de los dragones provisionales, el 65.º de línea, los regimientos de conscriptos de la guardia, y en fin, numerosas tropas de paso. Al general Beaumont le mandó se situara con algunas de sus fuerzas en Kempten y Lindau, á lo largo del lago de Constanza, á fin de arrollar lo que intentara desembocar por las montañas.

El general Bourcier mandaba en Passau el depósito general de caballería, y tenia allí toda la gente á pie, los destacamentos de reclutas, y los talleres de monturas, ocupándose en comprar caballos y en poner en estado de servir á los hombres desmontados, cansados ó enfermos. Napoleón le previno se separara por un momento de aquel depósito, dejara en su lugar un hombre capaz de hacer sus veces, llevara consigo dos regimientos de dragones compuestos de dos mil caballos, el regimiento de caballería de Berg, y ademas de dos á tres mil bávaros sacados de las plazas del Palatinado, y que avanzara hácia Bayreuth. Por su parte el general Rivaud, situado en Wurzburgo á la cabeza de dos semi-brigadas provisionales, debia dirigirse de Wurzburgo sobre Bayreuth, reunirse allí con el general Bourcier, y marchar con él contra el pequeño cuerpo de tropas que acababa de salir de Bohemia. Terminada esta corta expedición, el general Bourcier tenia orden de volver á Passau para tomar otra vez el mando de su depósito de caballería. El general Rivaud debia reunirse con cuatro semi-brigadas que se hallaban en Hanau á las órdenes del mariscal Kellermann, y dirigirse hácia Sajonia contra los austriacos que habian entrado en Dresde. Napoleón escribió á París tanto al ministro de la Guerra Clarke, como al ministro de policia Fouché, reprendiéndolos severamente por los temores que con sobrada facilidad habian concebido de resultados de los acontecimientos de Dresde y de Bayreuth. Efectivamente, los ministros que habian quedado en París se conmovieron mucho al ver lo azorado que se mostraba el rey Gerónimo, y hasta llegaron á creer que la Prusia se preparaba á declarar la

guerra. «Si unas cuantas correrías insignificantes os alarman hasta ese punto, les escribió Napoleon, ¿qué hariais, pues, de sobrevenir sucesos graves, uno de esos sucesos que pueden ocurrir en la guerra sin que se sucumba? Estoy muy poco contento, añadía, al ver que los hombres que pertenecen á mi servicio, demuestran tan poco carácter, y dan la señal del terror mas ridículo. No pueden sobrevenir acontecimientos serios sino en el teatro en que se opera, y en él estoy yo para dominarlo todo.»

Las alarmas que con tanta facilidad concebían en París eran con respecto á la política de Napoleon una crítica involuntaria que le enfadaba, y que no perdonaba ni aun en sus servidores mas adictos. Por lo demas, tenia razon en decir que nada habia importante sino en el teatro de las operaciones, y que si salia victorioso en este teatro lo seria en todas partes. Asi no dejaba cabo suelto para serlo pronto y por completo.

Una vez vencedor en Raab el príncipe Eugenio, rechazados allende el Danubio el archiduque Juan y el archiduque palatino, y asegurada la reunion de los ejércitos de Italia y Dalmacia, Napoleon solo tenia ya que ocuparse de un objeto, antes de dar la última batalla, cual era impedir que volviendo á pasar los dos archiduques el Danubio en Presburgo ó en Komorn, siguiesen á los ejércitos franceses de Italia y Dalmacia cuando estos fueran á combatir al pie de las murallas de Viena. Para esto era preciso interceptar á los austriacos el uso del puente de Presburgo, y ademas ocupar la línea del Raab, destinada á cubrirnos por la parte de Hungria, de modo que pudiera detener á los austriacos por es-

pacio de tres ó cuatro dias, tiempo suficiente para ejecutar el movimiento hácia Viena de los ejércitos de Italia y Dalmacia. Los austriacos tenían ademas del puente de Presburgo una cabecera de puente en la aldea de Engerau, y habían conservado la plaza de Raab, despues de la victoria que el príncipe Eugenio alcanzó en la orilla del rio así llamado.

Napoleon, que habia encaminado al mariscal Davout con una de sus divisiones hácia Presburgo, le señaló la tarea de tomar á Engerau y destruir no solo el puente de Presburgo, sino, si es que podia, el de Komorn, situado mucho mas abajo. Al príncipe Eugenio le comisionó para tomar la plaza de Raab, no teniendo su reciente victoria por verdaderamente fructifera mientras no proporcionara esta conquista; y con tal objeto mandó escalonar en el camino de Presburgo y Raab todos los caballos de la artillería que no estaban empleados en las obras de la isla de Lobau, para que condujesen cañones de grueso calibre, y de vuelta granos, que abundaban en Hungria. No habia un general menos cruel que Napoleon, pero con todo era inexorable en el cumplimiento de sus designios: mandó pues emplear medios de guerra con sumo rigor tocante á Presburgo y Raab, á fin de apoderarse de estos dos puntos. Los medios prescritos eran terribles, pero así lo exigia la salvacion del ejército y del imperio.

El mariscal Davout, situado al pie de los muros de Presburgo desde los últimos dias de mayo, empezó por atacar con la division Gudin las trincheras de Engerau que servian para cubrir un puente de barcas echado delante de Presburgo, y apoyado

en varias islas. Componíanse estas trincheras de espaldones de tierra enlazados con la aldea de Engerau y defendidos por una numerosa artillería. El mariscal Davout embistió con el vigor que sus soldados sabían desplegar en todas ocasiones; pero los austriacos, que conocían cuán importante era la posición que defendían, la disputaron con igual energía, ellos perdieron de mil quinientos á mil ochocientos hombres, y nosotros ochocientos delante de aquella simple cabecera de puente. Tomadas las obras avanzadas, el mariscal Davout se hallaba al borde del río; pero la parte del puente que iba á parar á nosotros había sido replegada, y establecidas las porciones restantes entre islas atrincheradas, habría sido preciso ir conquistándolas una tras otra, operación larga y dificultosa. Empleáronse para destruir aquellas porciones de puente todos los medios imaginables: se arrojaron barcos cargados de piedras, y molinos encendidos, como hicieron los austriacos para romper nuestro puente grande, cuando las jornadas de Essling; pero el que tenían en Presburgo, obra que llevaba tiempo de hecha y al que, por otra parte, custodiaban barqueros que detenían los cuerpos flotantes que arrastraba el río, resistía á todas estas tentativas, y ni se estremecía siquiera. Entonces el mariscal Davout, de orden del emperador, dispuso baterías de cañones pedreros, obuses y morteros en la orilla del Danubio, y arrojó sobre las islas una horrible lluvia de fuego y hierro; pero los soldados austriacos soportaron aquel género de ataque con extraña resignación, y no por eso dejaron de permanecer en las islas de cuya defensa estaban encargados. Fuera de sí Napoleón con aquella resis-

tencia, mandó se hiciese una intimación á la ciudad de Presburgo, y que si se negaba ó á rendirse, ó á lo menos á destruir su puente, se la arruinara hasta los cimientos. El mariscal Davout, que era un hombre de bien á carta cabal, pero un militar implacable, empezó sin titubear á poner en ejecución aquella orden cruel. Después que dirigió la correspondiente intimación al general Bianchi, comandante de Presburgo, dió la señal de hacer fuego, y en unas cuantas horas arrojó una cantidad innumerable de bombas sobre la malhadada ciudad condenada á sufrir todos los horrores de la guerra. Luego que vió ardía la ciudad por varios puntos, volvió á hacer otra intimación al comandante, pidiendo únicamente aquello de que no podía apartarse: la destrucción del puente. El general Bianchi respondió que siendo necesaria la conservación del puente para la defensa de la monarquía austriaca, la ciudad de Presburgo todo lo sufriría primero que consentir en las condiciones que se le imponían en pago de su salvación. El mariscal Davout volvió á dar principio á sus rigores, pero viendo no producirían ningún resultado, pues el general austriaco se obstinaba en su resistencia, se dejó llevar al fin de un impulso de humanidad, y recurrió á medios diferentes para reducir á la nulidad las comunicaciones de una orilla á otra. Así como así, ¿qué es lo que se necesitaba para conseguir el objeto que se proponía? Detener durante tres ó cuatro días al cuerpo austriaco que se presentase por aquella parte, tiempo que bastaba para la reconcentración de las tropas francesas al pie de los muros de Viena. El mariscal Davout estableció pues una serie de atrincheramientos que

se enlazaban con el castillo fortificado de Kittsée, la estensísima isla de Schutt, el rio y la plaza de Raab. Unos cuantos miles de soldados con exploradores de caballería lijera á lo largo de la isla de Schutt y el rio Raab, defendiendo las trincheras de Engerau, y replegándose, si se veían obligados á ello, sobre el castillo de Kittsée, mientras que la plaza de Raab se defenderia por su parte, podia detener al enemigo el número de dias necesarios, y retardar su llegada hasta el momento en que todo se decidiera al pie de los muros de Viena. Conviniendo Napoleon en estas disposiciones, se ejecutaron definitivamente, dispensando el continuar por mas tiempo la destruccion de Presburgo.

En el interin el general Lauriston, secundado por el general Lasalle, habia puesto sitio á Raab dejando que el ejército de Italia cuidara de cubrirle, lo cual permitia á éste descansar de sus fatigas. Careciase de cañones de grueso calibre; pero Napoleon envió algunos de Viena con obuses y piezas de á doce. Por fortuna la plaza, mal reparada, peor armada aun, y ocupada por dos mil hombres cuando mas, no podia mantenerse firme mucho tiempo. Inmediatamente despues de la batalla del 4 de junio emprendiéronse los trabajos, abriendo la trinchera, construyendo baterías de sitio, y dando principio al fuego de brecha; pero al cabo de algunos dias de este ataque improvisado y muy bien dirigido por los generales Lauriston y Lasalle, la plaza ofreció capitular. Como habia poco empeño en conquistarla de este ó el otro modo, y si mucho en que la conquista fuese rápida, no hubo dificultad en las condiciones que pidió la guarnicion, y se entró en Raab el 22 de junio, sin haber causado daño á las

obras de defensa, y sin haber gastado en el sitio ni muchas municiones ni mucha gente.

Con arreglo á órdenes muy terminantes y minuciosas de Napoleon, se volvió á armar la plaza de Raab, y se la puso en mejor estado de defensa que antes, introduciendo en ella municiones de guerra y de boca, dándole una guarnicion formada de todos los hombres cansados ó enfermos del ejército de Italia, y haciendo en las obras las reparaciones indispensables. Luego, por último, Napoleon le escogió un comandante ilustre: el conde de Narbona, ministro de la Guerra que fué de Luis XVI, uno de los postreros descendientes de la antigua nobleza francesa, notable por su valor, su talento, y elegante en sus costumbres. Acababa de adherirse á Napoleon, y éste, antes de emplearle en puestos eminentes, queria hacerle pagar su vuelta al servicio con una comision poco elevada, pero que suponía tenia en él confianza.

Napoleon mandó llevar hácia Viena toda la artillería inútil en Presburgo y en Raab, y replegar á los hospitales de la Lombardia y la Alta Austria los heridos de los ejércitos de Italia y Dalmacia, porque no queria fuese presa del enemigo ni un cañon ni un hombre. Ordenó al príncipe Eugenio y á los generales Macdonald, Broussier y Marmont, que se prepararan para marchar á la primera señal, que no conservaran en las filas ninguna gente cansada ó enferma, que tuviesen su artillería bien arreglada y provista, que hicieran galleta para mantener á sus tropas durante una semana, que se proporcionaran ganado vivo que pudiera seguirles, y por último, que lo dispusieran todo para trasladarse á Viena en tres dias á lo mas.

El príncipe Eugenio, acantonado como se hallaba en Raab, podía salvar en tres días la distancia que lo separaba de Viena. Los generales Marmont, Broussier y Macdonald se escalonaron de modo que pudieran ejecutar la travesía en el mismo espacio de tiempo; y el mariscal Davout, solo tenía que andar dos jornadas. Se convino en que el príncipe Eugenio dejaría al general Baraguey-d' Hilliers con una división italiana delante de Engerau, para guardar los aproches de Presburgo, mientras que el ejército de Italia entero se trasladaría á Viena. No queriendo Napoleon se dedicaran á vigilar simplemente puestos lejanos tropas como las de Montbrun y Lasalle, las escalonó de modo que pudiera atraerlas á sí en cuarenta y ocho horas, y las reemplazó en la línea del Raab con mil doscientos á mil quinientos caballos procedentes de los regimientos de marcha recién llegados. El general Lasalle, que durante el mes de junio no había cesado de recorrer la línea de Presburgo á Raab, y conocía á palmos el terreno, recibió orden de colocar él mismo los puestos antes de replegarse y dar á los comandantes de estos puestos las instrucciones que necesitaran para guardarse bien.

Estando así todo dispuesto en aquella línea para poder ocultarse rápidamente cubriéndose con simples reguardias, tomó Napoleon sus medidas en la parte alta del Danubio, para poder por aquel lado bajar hacia Viena con igual rapidez, y aumentar cuando fuese preciso la masa de tropas destinadas á entrar en batalla. Ya había atraído hacia sí el cuerpo del mariscal Davout esparcido en aquel momento de Viena á Presburgo; el cuerpo sajón del

príncipe Bernadotte, y la división francesa Dupas. Solo había dejado en el Alto Danubio para ocupar á Saint-Polten, Mautern, Molk, Amstetten, Enns y Lintz, los wurtembergenses y los bávaros, reducidísimos tanto unos como otros con aquella campaña tan corta, pero tan activa. Los wurtembergenses á los órdenes de Vandamme estaban distribuidos entre Tulln, Mautern, Saint-Polten y Molk, y los bávaros, encargados de defender la Baviera, se hallaban la división del general Derooy en Munich, Rosenheim y Kufstein, y las dos divisiones del general de Wrede y del príncipe regio en Lintz. Aunque esto no era demasiado para guardar la Baviera en las actuales circunstancias, era mucho en el punto particular de Lintz, desde que queriendo el archiduque Carlos reconcentrar las tropas por su parte, había hecho ir hacia Viena al conde de Kollvrat, dejando únicamente de seis á siete mil hombres diseminados por el Danubio entre Passau, Lintz, Krems, Tulln y Klosterneuburgo. Sospechando Napoleon esta circunstancia en vista de varios reconocimientos ejecutados allende el Danubio por el general Vandamme, mandó al mariscal Lefebvre tuviera dispuesta á marchar la excelente división de Wrede con veinte y cuatro piezas de artillería. Las divisiones del general Derooy y del príncipe regio, y los wurtembergenses eran suficientes con todo lo que estaba de camino y lo que quedaba en Augsburgo, Passau y Ratisbona para mantener durante algunos días la seguridad por nuestra retaguardia. En Ratisbona se hallaba la división Rouyer, compuesta de los contingentes de los príncipes de menor escala. Evidentemente nada había que temer por aquel lado, si se ganaba la

postrimera batalla, y si se perdía contra todo lo verosímil, estaban bastante bien tomadas las precauciones en Saint-Polten, Molk, Amstetten, Lintz y Passau, para que nuestros heridos y enfermos no se vieran comprometidos, y para que al retirarse el ejército hallase en todas partes viveres, municiones y puntos de apoyo completamente sólidos.

Así es como Napoleón había consagrado el mes de junio á preparar la reconcentraci6n de sus tropas en Viena; pero lo empleó también, como ya hemos visto, en preparar el paso del Danubio, y en hacer fuese tan seguro esta vez que no pudiera reproducirse el contratiempo ocurrido á sus puentes durante las jornadas de Essling. Este es el momento oportuno de dar á conocer las obras de gigante con que allanó, casi redujo á la nulidad, la dificultad de atravesar una vasta corriente de agua en presencia del enemigo, y con masas de hombres que ningún capitán antiguo ni moderno ha tenido nunca que mover. Ya se han visto las razones concluyentes que le obligaban á pasar el Danubio delante del archiduque Carlos, para ir á dar la batalla á la otra parte de este gran río. Efectivamente, quedarse en la margen derecha, dejando tranquilos á los austriacos en la margen izquierda, era lo mismo que prolongar la guerra por un tiempo indefinido, perder el prestigio, multiplicar las probabilidades de contratiempo, aumentar en fin la alteracion que en Europa y aun en Francia reinaba en los ánimos. De pasar el río, era preciso hacerlo en Viena, como también hemos dicho, y no mas arriba ni mas abajo; porque hacerlo mas arriba era retroceder detrás de Viena, y abandonar los inmensos recursos de aquella capital, el efecto

moral de su posesion, y el punto principal de interseccion de los caminos de Austria, Italia y Hungría: hacerlo mas abajo era alargar inútilmente nuestra línea de operaciones, tener un punto mas que guardar en el Danubio, y privarse de un cuerpo de ejército necesario el día de la batalla. Era menester, pues, pasar en Viena mismo: nada hacia al caso una legua mas ó una legua menos, pero era absolutamente preciso pasar á la vista de la torre de San Esteban.

Conócese igualmente las propiedades de la isla de Lobau, escogida con tan buena fortuna por Napoleón para facilitar la ejecucion de sus proyectos. Esta espaciosa isla, situada á la parte opuesta del ancho brazo, y separada de la orilla enemiga por un brazo de mediana anchura, reducía la operacion del paso á la empresa de atravesar un río tan ancho como el Sena por debajo de París, en vez de un río tan ancho como el Rin delante de Colonia. La empresa, sin dejar de ser dificultosa, se hacia practicable; pero era preciso para que saliera bien, en primer lugar hacer infalible el paso del brazo principal que conducía á la isla, y en segundo convertir esta en un vasto campo atrincherado provisto de recursos abundantes, disponiéndolo todo allí de antemano para poder atravesar sin peligro en presencia del enemigo el brazo pequeño. En esto es en lo que empleó Napoleón los cuarenta días que trascurrieron desde el 23 de mayo hasta el 2 de julio, con una actividad y una fecundidad de imaginacion, dignas del gran capitán que habia pasado el monte de San Bernardo y hecho posible la travesía del estrecho de Calais.

El puente de barcas sobre el brazo principal

que servía para comunicarse con la isla de Lobau, se volvió á establecer algunos dias despues de la batalla de Essling, como se ha visto mas arriba, y habia proporcionado el medio de conducir el ejército á la orilla derecha, á escepcion del cuerpo de Massena que quedó en la isla para asegurarnos su posesion. Nuevas barcas que los marinos de la guardia recogieron en las orillas del rio, sujetas con mejores amarras, habian consolidado este puente de manera que inspiraba confianza. Sin embargo, habiase roto otras dos ó tres veces de resultas de las avenidas del mes de junio, y no era con comunicaciones inseguras, si bien mejor establecidas, con lo que Napoleon queria ir al otro lado del Danubio. Resolvió, pues, enlazar la isla de Lobau con el continente de la orilla derecha de tal suerte que formase una sola con esta orilla que debia ser nuestro punto de partida. Para esto no habia sino un medio; echar un puente sostenido por medio de estacas, y Napoleon se decidió á ello, por muy trabajosa que fuera esta operacion en un rio como el Danubio por debajo de Viena. César ejecutó en el Rhin diez y ocho siglos antes una empresa por el estilo; pero la de hoy era mas difícil por los medios de destruccion de que el enemigo disponia. El arma de ingenieros se encargó de hacer esta obra, mientras que la construccion de todos los puentes de barcas corria á cargo de la artillería. Habia en Viena provision considerable de madera que bajaba de la cima de los Alpes por los rios confluientes del Danubio, y todos los soldados de ingenieros, todos los carpinteros desocupados que necesitaban ganarse la vida, todos los caballos de la artillería que habian quedado dis-

ponibles con la interrupcion de los combates, se ocuparon, ya en preparar ya en trasportar esta madera. Llevados de Viena por un brazo pequeño que se comunica con el grande, bajaban en seguida hasta Ebersdorf y alli se les detenia para emplearlos en la obra inmensa que se habia emprendido. Reunióse en Ebersdorf para clavar las estacas muchas mazas que existian en Viena, donde tantas obras se hacen en el rio, y con esto, al cabo de unos veinte dias, se vió alzarse sobre las aguas mas altas sesenta machones de madera, los cuales sostenian un ancho suelo de tablas que podia dar paso á toda la artillería y caballería que se quisiera. Veinte toesas mas abajo de este puente fijo, se conservó, consolidándolo, el puente antiguo de barcas, que se trataba de que sirviera para la infantería, de modo que el desfile de las diferentes armas pudiera verificarse simultaneamente, y fuesen mas prontas las comunicaciones con la isla de Lobau. Proporcionóse gran número de barcas, en Raab se encontró fuertes anclas, y gracias á estos nuevos recursos, aseguradas perfectamente las amarras, no era de temer ya ocurrieran los contratiempos que faltó poco para que perdieran al ejército á fines de mayo.

Aunque estas dos obras se protegian entre sí, puesto que el puente de estacas colocado agua arriba preservaba al de barcas, Napoleon quiso sin embargo ponerlos enteramente á cubierto del choque de los cuerpos flotantes, y para lograrlo se valió de toda suerte de medios, siendo el primero sacar del arsenal de Viena una cadena gigantesca, de la cual se sirvieron los turcos en el sitio de 1683, y que existia como de uno de sus despojos



triumfales. Hoy que nuestros buques poseen esas enormes cadenas, no causarían tanta admiración las dimensiones de la que los turcos dejaron en Viena; pero entonces se tenía por una maravilla en su género. Se resolvió, pues, estenderla sobre el ancho brazo para que pudiera detener los cuerpos que el enemigo arrojaba sobre nuestros puentes, pero hubo que renunciar á ello, por falta de máquinas que la estendieran sobre el agua á igual altura por todas partes. Napoleón ideó construir una basta empalizada, que consistía en una série de gruesas estacas clavadas muy hondo, que en vez de cortar perpendicularmente la corriente del río, la cortáran oblicuamente, para que el agua no tuviera donde hacer tanta fuerza. Esta obra, no menos extraordinaria que el puente de estacas, se acabó casi tan pronto; pero no era al parecer de una eficacia segura; pues más de una vez se vió que forzaban la línea de estacas, barcos cargados de materiales que se habían escapado de manos de los trabajadores. Napoleón se dedicó entonces á otra cosa, á establecer una vigilancia continua por medio de los marinos de la guardia, los cuales circulando sin cesar en barcas más arriba de la empalizada, empujaban con arpones á los barcos que bajaban por el río, y los llevaban á las orillas. De esta suerte, si la empalizada no bastaba absolutamente para detenerlos, los marinos acudían á fuerza de remos, los paraban y los hacían variar de rumbo. Con este conjunto de precauciones, las comunicaciones establecidas entre la orilla derecha y la isla de Lobau adquirieron una seguridad infalible.

Empero no bastaba á los ojos de Napoleón ha-

ber puesto sus puentes al abrigo de todo peligro por la parte del río, pues una sorpresa del enemigo, una invasión repentina en la isla de Lobau, quizá una retirada en desorden después de una batalla perdida, podían esponerlos á una destrucción imprevista é inevitable. Napoleón quiso protegerlos por medio de una vasta cabeza de puente, levantada en la isla de Lobau, de manera que si nos quitasen esta isla, pudieran defenderlos unos cuantos batallones, conservando así nuestro ejército el medio de retirarse seguro al otro lado del río.

Esta série de obras enlazaba de un modo indisoluble la isla de Lobau, lo mismo con la orilla derecha que con la población de Ebersdorf, convertida en nuestra base de operaciones. También era preciso ocuparse de las obras que había que hacer en la misma isla, para que fuera un campo atrincherado, seguro, cómodo y saludable, y estuviera provisto de todo lo necesario para subsistir en él algunos días. Napoleón satisfizo á esta necesidad con tanta prevision como á las demás.

Había en la isla de Lobau unos terrenos bajos y pantanosos, espuestos con frecuencia á inundación, y también unos canales secos cuando las aguas estaban bajas, y que se convertían en ríos durante las crecidas, de lo cual hubo ejemplo cuando las grandes avenidas de los días 21, 22 y 23 de mayo. Napoleón hizo levantar calzadas en las partes bajas de la isla, para que sirvieran de paso á las tropas en cualquier tiempo, y echar sobre uno de los canales desecados varios puentes de puntales, á fin de asegurar y multiplicar las comunicaciones, cualquiera que fuese la elevación de las

aguas. Queriendo convertir la isla en un gran depósito, suficiente para sí propia, sucediera lo que sucediera, mandó construir en ella un almacén de pólvora, el cual recibió de los arsenales de Viena una cantidad considerable de municiones elaboradas: también hizo construir hornos, trasladar harinas sacadas de Hungría, y acotar terreno para muchos miles de bueyes conducidos vivos de la misma comarca. En fin, envió vinos en abundancia, y de tal calidad, que excepto en España, nunca los había bebido el ejército tan buenos. La aristocracia austriaca y los conventos de Viena que poseían las bodegas mas ricas de Europa, suministraron un artículo tan precioso. De este modo nada debía faltar á las tropas en aquel campo atrincherado, ni en pan, ni en carne, ni en líquidos, Queriendo que tan fácil fuera atravesar la isla de Lobau de noche como de día, mandó Napoleon alumbrar todos los caminos por medio de faroles colgados en postes de madera, absolutamente lo mismo que hubiera podido hacerse con las calles de una gran ciudad.

Quedaba, y era la última, una operacion difícil; preparar el paso del brazo pequeño, el cual debía ejecutarse á viva fuerza enfrente de un enemigo numeroso, que estaba sobre aviso y siempre alerta con nuestra presencia en la isla de Lobau. Por mas ventajas que ofreciera el sitio escogido antes para pasar, puesto que formaba un punto entrante que permitia cubrir de fuego el parage de desembarque, no era de presumir en manera alguna que pudiéramos servirnos de él otra vez, debiendo, como debía el enemigo, haber tomado todas las precauciones para interceptarnos su uso. Efectivamente, acordándose los austriacos de lo

que les sucedió un mes antes, habían amurallado, digámoslo así, aquella puerta, levantando de Essling á Aspern una línea de atrincheramientos, erizados de artillería. Otra razon, en fin, obligaba á renunciar á aquel desembocadero, cual era la falta de espacio para desplegar un ejército considerable. Estaba tan advertido el enemigo de que sería la isla de Lobau por donde se haria la irrupcion en la orilla izquierda, que era de esperar se le encontrara formado en batalla frente por frente á nosotros, mientras que la vez primera había habido tiempo de desfilar por el puente del brazo pequeño, atravesar el bosque, y ponerse en fila un cuerpo tras otro, sin hallar ningun obstáculo al desplegarse. Ya no había que esperar sucediera lo mismo, y por tanto era preciso prepararse para desembocar casi en masa, y combatir al momento que se tocara la orilla izquierda.

Por estos diversos motivos el primer punto de paso no convenia ya, y Napoleon pensó en buscar otro, fingiendo que insistia en dar la preferencia al anterior. El brazo pequeño de sesenta toesas que quedaba por atravesar, así que llegaba al extremo de la isla, se ladeaba de pronto para dirigirse perpendicularmente hácia el brazo grande, describiendo de este modo en el costado derecho de la isla de Lobau, una línea recta de dos mil toesas de largo. Si para atravesarle se escogia uno de los puntos de aquella línea, se bajaba á una llanura completamente lisa y muy cómoda para desplegar un ejército numeroso. Por esta llanura efectivamente fué por donde resolvió desembocar Napoleon. Es verdad que allí no debía protegernos ningun obstáculo del terreno, pero pa-